

# PADRE e hija

HACE EXACTAMENTE 40 AÑOS MORÍA SUSANA SOCA. HUIA DE FRANCISCO SOCA (1856-1922), DESTACADO MÉDICO, DOCENTE, PARLAMENTARIO Y RECTOR DE LA UNIVERSIDAD. SUSANA SOCA (1907-1959), SU TARDÍA HIJA ÚNICA, ESCRIBIÓ UNA SUTIL POESÍA Y FUNDÓ UNA REVISTA LITERARIA. PERO, SOBRE TODO, FUE UNA GRAN VERTEBRADORA DE ACTIVIDADES CULTURALES. SEGÚN ALGUNOS BIÓGRAFOS, POSEÍA LAS DOTES CLÍNICAS DE SU PADRE. MURIÓ CARBONIZADA EN UN AVIÓN DE LUFTHANSA EN 1959



Francisco Soca perdido en el Parque Batlle, escultura de Antoine Bourdelle

Por FERNANDO LOUSTAUNAU

## ES BASTANTE DECEPCIONANTE

ver a los guías vernáculos descender de autobuses en la avenida Italia, a la altura del cruce con avenida Centenario, y dirigirse directamente al monumento a *La Carreta*. Sin duda se trata de una buena expresión del arte escultórico nacional, y —más allá de los juicios de valor que pueda merecer—, su monumentalidad hace indispensable su exaltación. Nadie puede discutir por tanto la conveniencia de exhibir algo tan significativo. Lo lamentable es que tanto guías como turistas, al igual que la mayoría de los montevideanos, pasan por delante de una obra de arte de Antoine Emile Bourdelle sin que siquiera acusen recibo de la pieza. Bourdelle fue uno de los escultores más reconocidos de este mundo. Falleció en 1929 dejando una obra vasta en Francia y otros países. Discípulo dilecto de Rodin, gran parte de sus trabajos se pueden apreciar en el museo Bourdelle de la ciudad de Toulouse, donde nació.

En Montevideo, el monumento al doctor Francisco Soca de Bourdelle no es la única pieza de este artista reconocido. Pero es la más relevante, por ser un original dedicado a ese médico, docente y político uruguayo. Se trata, además, de una curiosa escultura de bronce sobre basamento de

buena idea por fin llevar a cabo—. En la actualidad, el monumento a Soca pasa inadvertido por motivos varios. En primer término está demasiado lejos de las veredas; los árboles han crecido dificultando su visión para un caminante callejero. Por supuesto carece de iluminación. Tal vez la mejor solución a estas alturas consista en mudar el monumento a un lugar más visible. Un espacio sugerible es sin duda la propia avenida Soca, en una plazoleta que se encuentra próxima a avenida Brasil. Puede también pensarse en otra parte del recorrido de esta avenida. Sería una forma de integrarlo al patrimonio vivo de la ciudad, sin trasladarlo de la zona, ya que seguiría formando parte del acervo del parque Batlle. Otro sitio posible, aunque menos justificable desde el punto de vista del nomenclator, es la pequeña plaza en el entronque de bulevar Artigas, avenida Brasil y avenida Ponce. Es uno de los espacios más resueltos urbanísticamente hablando de la capital, y la placita está sólo habitada por una híbrida palmera.

**UN MÉDICO TRASHUMANTE.** Francisco Soca nace el mismo año que Batlle y Ordóñez, 1856. Sus biógrafos, por más asombroso que parezca, no se ponen de acuerdo con el lugar de nacimiento. Para algunos es montevideano, y habría nacido en “una casona

de la calle Ejido e Isla de Flores”.

Para otros en la pequeña ciudad que hoy lleva su nombre, Soca, y que supo recibir el más telúrico nombre de Mosquitos. También se le atribuye nacimiento en la chacra La Cordobesa, próximo a Los Cerrillos.

PARA PIERRE MARIE DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS, LA TESIS DE FRANCISCO SOCA SUPO SIGNIFICAR GLORIA DE LA CIENCIA DE FRANCIA Y DE LA AMÉRICA LATINA

granito lustrado, de dimensiones bastante importantes. Se constituye en una especie de tubo coronado por un busto que reproduce la estampa del doctor Soca; a cada lado, dos figuras femeninas completan la escena. Son sorprendentes los trazos rectos que expresa la obra en su entorno, haciéndonos pensar que Bourdelle se dejó inspirar en esa pieza, tal vez la última de su vida, por los trazos individualizantes del Art Decó. Recordemos que esta manifestación surge en París a partir de 1925, con lo cual se trataría de uno de los escasos trabajos en los cuales Bourdelle recibe esta influencia. Por otra parte, ningún estilo podía ser más idóneo para ese espacio montevideano, que a comienzos de la década de 1930 —el monumento se inauguró en 1938— representaba a la modernidad. El Hospital de Clínicas, al cual Soca parece simbólicamente observar en la escultura, es de un marcado estilo racionalista, tanto como el Estadio Centenario exhuma trazos de vanguardias holandesas coronado con una torre Art Decó.

El lugar era vanguardista en la década de 1930, pero no lo es ahora. La avenida Centenario, con su trazado bombé, nunca terminó su recorrido — debe concluir delante del Hipódromo de Maroñas, algo que sería

ellos. Hijo de un inmigrante de la isla de Lanzarote, a quien las luchas carlistas habrían hecho emigrar, y de Bárbara Barreto, la formación del futuro célebre médico se debe al colegio privado del francés Lemoine. (Previamente habría recibido formación de un español, conocido como “don Manuel”). Contando con la ayuda económica de un tío materno, Leandro Barreto, se embarca para Barcelona en 1877, para continuar sus estudios de medicina. Pero al año retorna a Montevideo, donde se gradúa en 1883. Ejerce un tiempo en Tacuarembó y, gracias a una beca del Estado uruguayo, viaja a Francia a perfeccionar sus estudios. Soca (que iba acompañado de dos becarios, Joaquín de Salterain y Enrique Poucy), resolvió recomenzar sus estudios de la entonces célebre Facultad de Medicina de París. Concurrió además a las clases del profesor Charcot, bajo cuyo patrocinio presentó la tesis de doctorado sobre *La enfermedad de Friedrich*. Para el profesor Pierre Marie, de la Academia de Medicina de París, esta monografía “constituye un momento intangible, impercedero, gloria de la ciencia francesa y de la América Latina...” Al volver al país, Francisco Soca se radica nuevamente en Tacuarembó, donde desempeña



El escritorio vacío de Susana Soca bajo la atenta contemplación de su Modigliani

funciones como médico de Policía. Pero pasado un tiempo, se instala en Montevideo, y empieza a adquirir fama. Con los años ocuparía distintos cargos públicos, como rector de la Universidad, diputado y senador. Formó parte de las principales sociedades científicas del mundo, incluida la Academia de Medicina de París, que lo nombró miembro en 1917. Murió sorpresivamente el 29 de marzo de 1922. De mañana concurrió a dictar sus clases al Hospital Maciel. De noche, en su lecho de muerte, dirigiéndose a uno de sus colaboradores, con voz serena relató los síntomas que le aquejaban, discutió un diagnóstico y afirmó el pronóstico final.

**SUSANA SOCA, LA INVISIBLE.** La obra de Susana Soca no interesó a sus contemporáneos. Con su muerte desapareció casi por completo toda referencia a esta mujer. Es cierto que el Uruguay de la década de 1960 cambia radicalmente, tornándose imperiosos —o vistos como tal—, ciertos postulados ideológicos. La revista que fundó en París en 1947 bajo el título de *La Licorne*, se continuó en Montevideo seis años después con el ambiguo nombre de *Entregas de la Licorne*. Durante años fue su secretaria de redacción Angel Rama. Al morir Susana Soca, un número póstumo deja constancia del afecto que supo granjearse. Ungaretti, Borges, Jouhandeau, Michaux y Cioran, entre otros tantos, hacen la apología de Soca. Este último, renuente a los elogios, severo y sarcástico, escribió sin embargo un texto particularmente laudatorio. En su *Ella no era de aquí Cioran*, luego de hacer saber que sólo vio a Soca dos veces, recuerda que “lo extraordinario no se mide en términos de tiempo”. Especifica que se enamoró de su timidez, y sostiene que parecía obedecer a un Dios clandestino, al tiempo que la considera “solidaria con lo invisible”. En efecto, Soca pasó por este mundo sin dejar una genealogía trazable. Su obra es breve y sus biografías escasas. Su amigo Carlos Real de Azúa dejó en *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* valiosa información. Dice el célebre crítico:

“...Pero adviértase, con todo, que todavía queda envuelto en el misterio el último recinto de su alma y aún permanece Susana Soca (tendrán que afinarse técnicas y crecer su distancia) como un incitante enigma para la más escrupulosa, para la más delicada indagación literaria y humana. Y dígame aquí (aún a riesgo de erizar susceptibilidades y de recurrir a palabras tan transitadas) que sólo un enfoque sociológico y otro de “psicología profunda” podrían revelar el mutuo influjo, la correlación, el conocimiento recíproco de una muy particular situación social y una, más par-

**PARA REAL DE AZÚA PERMANECE LA FIGURA DE SUSANA SOCA COMO UN INCITANTE ENIGMA QUE REQUIERE LA MÁS DELICADA INDAGACIÓN EN EL ORDEN LITERARIO Y HUMANO**

ticular todavía, manera de ser, “carácter”, que en ella se dieron.

Luego Real de Azúa se extiende en reflexiones sobre la condición social de Susana Soca y las reacciones que provocaba su poderío económico (“el otro fue el estereotipo demagógico, rampante pero efectivo, que divorcia la riqueza de cualquier tipo de talento, que hizo su víctima a Reyles durante buena parte de su vida...”). Para el autor, Soca nunca rompió con la clase alta, y “con cierta voluntad autoflagelatoria, se dejó acuñar por sus marcas”. Por otra parte, Real recuerda su poliglotesmo que incluía el perfecto manejo del francés, inglés, alemán, italiano y ruso. Este último aprendido una vez que se interesa por la obra de Boris Pasternak, a quien traduce, a la vez que lleva a Milán —desde Moscú, donde residió un largo período en tiempos de Stalin— los originales de *Doctor Zivago*. (Otros autores agregan latín y griego, aprendidos con preceptores). Pero también hace saber de su particular vinculación con la lengua

de Francia, acotando: “...algún abuso de las formas pronominales serviría para corroborar el imborrable sustrato francés de su formación y hasta de sus formas expresivas, y que era perceptible, inclusive en su lenguaje oral”. Susana Soca vivió durante distintas etapas en París, incluso durante la segunda guerra. La francofilia le venía también de su padre y de su familia materna, entre la cual hubo embajadores uruguayos en Francia, tanto como médicos voluntarios de guerra. Esther de Cáceres señala incluso que Susana Soca fue llevada a bautizar expresamente a Notre Dame en París.

Sobre la guerra en particular, Soca escribió un texto sobre la París ocupada, documento de valor testimonial: “Un período de tan tremenda prueba, una separación que prefiguraba la muerte, dio lugar a una especie de autarquía espiritual de parte de los escritores que permanecieron en Francia... Pero, pasada la hora de concordia que unió los nombres de Mauriac y Aragón, de Paulhan, de Eluard y Malraux, cada uno de estos hombres fue llevado por el mundo actual hacia el estudio de sí mismo...”. Con varios pensadores franceses de relevancia tomó contacto Soca en esos años. Eluard le sugirió, en medio de un bombardeo, que, en caso de sobrevivir, su tarea debería ser una revista literaria que uniera la tradición francesa con Latinoamérica. Con Picasso tuvo bastante trato, y varias pinturas suyas fueron compradas por la escritora que las conservaba, entre otras de grandes artistas, en su casa montevideana. De Modigliani a De Chirico, pasando por un centenar de Nicolás de

Stahl, la lista de obras de arte que supo poseer Soca parece hoy difícil de detallar. Con relación a su ideología, poco se ha escrito, lo cual lleva a inducir que su posición económica la podía situar en la derecha. Sin embargo, su honda amistad con comunistas de la talla de Eluard, su aprecio por el psicoanálisis —entonces en cierta medida revolucionario, aunque no estrictamente en sentido político—, pueden llevarnos a otras conclusiones. Real de Azúa resalta “su apasionada simpatía por el mundo eslavo y su interés por la experiencia soviética...”.

A 40 años de su muerte, quedan pocos que puedan dar fe de sus pasos. El ojo clínico que según Clara Silva heredó del padre, carece ya de testigos. Deja una poesía que refleja un mundo solitario, donde los sentimientos se expresan herméticos, casi abstractos. Poesía que merecería más atención, ya que, sea para denostarla o para emitir ditirambos, sus aspectos biográficos son tomados de modo casi excluyente. Da la impresión de que todo su circular entre gentes y geografías no eran sino excusas para adentrarse más en la esencia humana. Esencia humana que vislumbra escéptica desde su póstumo *Noche cerrada*.